

infantes de la Cerda, mientras no se concluyó la paz con el reino de Aragón. Felipe renunció siempre á ayudar á los infantes: contentóse con guardar en su servicio á aquellos de sus partidarios que se desterraban. En los comienzos del siglo XIV los soldados castellanos se hicieron muy numerosos, como los soldados de Navarra, en los ejércitos de Francia. Entonces se inició la corriente que arrojó sobre nuestro país, durante un siglo y medio, tantos valentones españoles del tipo de Rodrigo de Villandrando, esos feroces suizos de los reyes de la dinastía de Valois.

En Italia la paz general de 1295 no dió, como se había esperanzado, la tranquilidad á los angevinos. El



Moneda de Jaime II de Aragón

rey de Aragón renunció, es verdad, á Sicilia; pero los aragoneses, establecidos en Sicilia desde las Vísperas Sicilianas, proclamaron, sin su consentimiento, la independencia de la isla. Continuó, pues, la guerra entre los angevinos de Nápoles, reconciliados con Aragón, y los aragoneses de Sicilia. Bonifacio VIII, adversario fanático de las pretensiones aragonesas, se arrojó á esta lucha con ardor desesperado. Hizo predicar la cruzada contra Federico, príncipe de los aragoneses de Sicilia, y como antes Martín IV en semejantes circunstancias, apeló á los franceses.

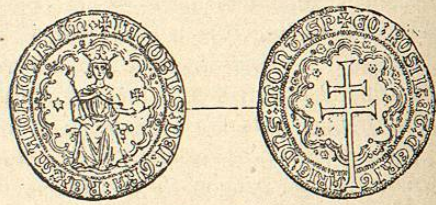
El rey de Francia dejó obrar á su hermano.

Carlos de Valois, viudo de Margarita de Sicilia (muerta en 31 de diciembre de 1299), casó en enero de 1301 con Catalina de Courtenai, que tenía derechos sobre el imperio de Oriente. Bonifacio y Felipe aprobaron este matrimonio: el papa, para que Carlos viniera á Italia á combatir con sus enemigos, principalmente los sicilianos; el rey, á condición de que Carlos, después de liquidar los asuntos de los angevinos y los güelfos, no emprendería expedición contra Constantinopla sin su consentimiento, y regresaría á Francia á la primera indicación.

Por la primavera de 1301, Carlos se llevó más allá de los montes á quinientos hombres de armas: Guido de Chatillón, los condes de Auxerre, de Sancerre, de Joigni y de Armagnac formaban en su compañía, así como el florentino Mouche, banquero de la corte de Francia. Pero la primera empresa que le propuso el papa, pacificar la Toscana, estaba por encima de sus fuerzas. Las repúblicas de Toscana estaban desgarradas por facciones: gibelinos, güelfos negros y güelfos blancos. El extranjero, ignorante de las pasiones locales, que ponía el pie en esos hormigueros en movimiento, no podía más que agitarlos al azar. Carlos de Valois, que, como dice el florentino Dino Compagni, «no conocía la malicia de los toscanos,» entró en Florencia, el 1.º de noviembre, con la espada desenvainada; algunos días después los güelfos negros, amigos del papa y de Mouche, violentaban y racionaban según uso, bajo sus auspicios,

á los gibelinos y á los blancos. Como Dante pertenecía á uno de los partidos que tuvo que soportar tales excesos, el nombre del jefe de la expedición francesa quedó por esta causa herido de hiperbólicas invectivas. Arrojar de Sicilia á los aragoneses no era mucho más fácil que pacificar la Toscana. La campaña comenzó en la primavera de 1302; tres meses después el clima había reducido á la mitad el ejército franco-napolitano. En este intermedio Felipe *el Hermoso*, vencido en Courtrai y enojado con Bonifacio, volvió á llamar á su hermano. Fué necesario tratar precipitadamente. El *statu quo* fué reestablecido. Villani resume muy bien el resultado obtenido en estos términos: «Carlos vino á hacer la paz á Toscana y dejó el país en guerra. Fué á hacer la guerra á Sicilia y dejó el país en paz, con vergüenza suya (1).»

Pasan los años. Tiene lugar el atentado de Anagni. La Santa Sede se traslada á Aviñón. Güelfos y gibelinos en lucha, esperan siempre, «como un Mesías,» al extranjero que les ayude contra el partido adversario. En 1310 Clemente V, bajo la influencia de los cardenales «bonifacianos,» intentó reconciliar al rey angevino de Nápoles, campeón de los güelfos, con el imperio, campeón de los gibelinos. Pero como esta reconciliación habría proporcionado á la Santa Sede un punto de apoyo para resistir á las exigencias de la corte de Francia, los enviados de Felipe *el Hermoso* á Aviñón trabajaron por desbaratarla. Trábaronse de palabras con los enviados de las villas güelfas, Luca y Florencia, y fué necesario que el rey de Francia garantizara por sí mismo la independencia de los güelfos de la Toscana, si por ventura estaba amenazada. Sin embargo, Roberto de Anjou, rey de Nápoles, vióse obligado, después de la derrota de la combinación bonifaciana, á asumir nuevamente la protección de los güelfos contra los gibelinos del Norte, exaltados por el descenso triunfal del emperador Enrique VII hasta más allá de los Alpes, en el verano de 1312. Amenazado, volvióse á Francia, natu-



Moneda de Jaime II de Mallorca

ralmente. Si Enrique VII no hubiera muerto (agosto de 1313), los acontecimientos de Italia habrían determinado quizás una ruptura entre el imperio y Felipe *el Hermoso*, porque Felipe había escrito á los «nobles de

(1) I. del Lungo, *Da Bonifacio VIII ad Arrigo VII, pagine di storia fiorentina*, 1899; J. Petit, *Charles de Valois*, 1900. La expedición de Italia no había sido en el pensamiento de Carlos de Valois más que el prefacio de una empresa contra el Imperio de Oriente. A pesar de su derrota, se le ve más tarde negociar durante años enteros, sea directamente, sea por mediación del rey su hermano, con todos los príncipes del Mediterráneo (hasta en Armenia y Servia) á propósito de esta quimérica empresa. En 1309 su hombre, Thibaut de Chepoy, antiguo gran maestre de los alabarderos franceses, intentó con un puñado de franceses y venecianos renovar contra los griegos las hazañas de la cuarta cruzada. Pero fué derrotado. Carlos encontró entonces más cómodo dar en dote á la mayor de las hijas que había tenido de Catalina de Courtenai sus pretensiones sobre Constantinopla. Esta casó con Felipe de Tarento, uno de los hijos del rey de Nápoles.

Roma» y parecía dispuesto á ayudar al rey de Nápoles. En todo caso éste reclamaba todavía instantemente (en 1314) el apoyo de la corte de Francia.

Un poco más tarde, los *reali di Francia* fueron llamados á intervenir á la vez por todos los partidos: por Roberto de Nápoles, por el papa Juan XXII, descontento de Roberto de Nápoles, y aun por los tiranos gibelinos de Normandía, que ya no podían esperar del lado de Alemania. Mientras los angevinos llamaban á Carlos de la Marche (el futuro Carlos IV), Juan XXII proponía á Felipe, hijo de Carlos de Valois, la misión de suplir á Roberto de Nápoles como defensor de los güelfos. Vióse entonces una reproducción de lo que había acontecido en 1301: el rey de Francia, Felipe V, se abstuvo, pero permitió á su primo Felipe de Valois (el futuro Felipe VI) llevar á Lombardía bandas de pastorcillos, que fueron sacrificados por el camino, y de caballeros franceses. En agosto de 1320, la tropa de Felipe de Valois encontró ante Vercelli á los gibelinos de Galeazo Visconti. ¿Por qué no trabaron batalla? ¿Por qué Felipe volvió al año siguiente «desbaliado?» Villani deja entender que fué víctima de la «malicia» de los lombardos, como su padre lo había sido de la «malicia» de los toscanos.

Las desgraciadas cabalgadas de Carlos de Valois y de su hijo más allá de los Alpes anuncian también, desde el comienzo del siglo XIV, las deplorables expediciones de los Valois á Italia en tiempos del Renacimiento.

Sin embargo, bajo Felipe *el Hermoso* y sus hijos, los negocios de España y de Italia, que tanto habían preocupado á Felipe III, dejaron de absorber á Francia. También la cruzada contra los infieles, que había sido la idea fija de Luis IX, se relegó á segundo término. Es cierto que se pensó en ello con frecuencia y se habló de ello constantemente. Rabbán Çauma, embajador de Argoun, rey de los tártaros, anotaba en sus Memorias, recientemente traducidas del sirio, que Felipe *el Hermoso* le dijo en septiembre de 1287: «Si los mogoles, que no son cristianos, luchan para conquistar Jerusalén, con más razón debemos combatir nosotros; si á Dios place, acudiremos con un ejército...» En 1291 la caída de San Juan de Acre, última de las fortalezas libres de Siria, determinó una recrudescencia de celo oratorio. Concilios provinciales deliberaron en toda la cristiandad. Y así la cuestión del «pasaje á ultramar» siguió siendo el asunto favorito de los urdidores de proyectos. Pedro Dubois, en este punto, tuvo muchos émulos entre sus contemporáneos. Centenares de cartas pontificias y reales rozan esta cuestión, que fué solemne y tal vez sinceramente debatida en Poitiers (1307) y en Viena (1312). Casi todos los años tuvieron lugar solemnes distribuciones de cruces. Siempre era preciso partir «en la próxima primavera» para libertar á Palestina y socorrer á los cristianos de Chipre y Armenia. Carlos IV encargó en 1327 á un burgués de Figeac, por nombre Guillermo Bonnesmains, de una misión para el sudán de Egipto; pero no se realizó jamás.

III.—Inglaterra (1)

Durante los primeros años del reinado de Felipe *el Hermoso*, todo presagiaba la paz entre Francia é Inglaterra.

(1) M. Gavrilovitch, obra citada. C. Jourdain, *Mémoire sur les commencements de la marine militaire sous Philippe le Bel*, 1880.

terra. Eduardo I, rey de Inglaterra, pasó en su ducado de Guiena los años de 1286 á 1289. Prestó el homenaje que debía; interpúsose para apresurar la liquidación de la «cruzada» de Aragón. ¿Por qué, pues, deseó la guerra? Los galeses y los escoceses le tenían en desgracia en su isla; su autoridad sobre la nobleza de Gascuña era precaria; nada le autorizaba á creer que el desquite de las partidas perdidas por su abuelo contra Felipe Augusto fuera posible; comenzaba á apuntar en Inglaterra una gran crisis política. Por su parte era una locura atacar, y él era demasiado prudente para intentarlo.



Caballero inglés de á últimos del siglo XIII
Sello de Roberto Fitzwalter,

existente en el Real Archivo secreto del Estado en Berlín.

Las razones directas del conflicto que se produjo son oscuras; el inglés John de Trokelowe atribuye la conducta del rey de Francia á aquellos de sus consejeros que sólo pedían plagas y jorobas (*quibus turbatio regni placebat*); pero las razones profundas son evidentes. Entre Inglaterra y Francia la paz fué siempre en la Edad media inestable, anormal y á merced de cualquier accidente.

*On peut bien savoir et congnoître
Que Englois onc François n'ama.
Male dragie entre eulz y a:
Hui sont en pais, demain en guerre (2)*

Desde 1290, poco más ó menos, los marinos ingleses, gascones, normandos y flamencos filibustean unos contra otros. Los agravios eran recíprocos. Existían escaramuzas entre ellos en los puertos. Dícese

C. de la Roncière, *Le blocus continental de l'Angleterre sous Philippe le Bel*, en la *Revue des questions historiques*, octubre de 1896. Memoria de Bréquigny sobre la cuestión de Saint-Sardos, en *Leber, Pièces relatives à l'histoire de France*, tomo XVIII, pág. 366.

(2) «Bien puede saberse y conocerse que el inglés jamás ha amado al francés. Hay entre ellos la manzana de la discordia: hoy están en paz y mañana en guerra.» *Le Dit de la rebellion d'Angleterre et de Flandre*, publicado por A. Jubinal, *Nouveau recueil de contes*, etc., pág. 73. El autor de esta obra vió muy bien que era imposible una paz duradera entre Francia é Inglaterra, mientras los reyes ingleses tuvieran un pie sobre el continente: «Sea el mar término y barrera—entre la Francia y la Inglaterra.»

que á propósito de una escena de este género que acarreó represalias entre normandos y franceses, bayoneses y gentes de Cinque-Ports, la corte de Francia creyó del caso poner en movimiento (diciembre de 1293) el procedimiento de que se sirvieron siempre los reyes Capetos para declarar la guerra á los Plantagenet, sus vasallos: citación del rey de Inglaterra, como duque de Guiena, ante el Parlamento, en París, y en caso de faltar, detención. Eduardo hizo seguramente un esfuerzo para terminar el asunto amistosamente; su hermano Edmundo de Lancáster, esposo de la condesa de Champaña, que pasaba por tener influencia en ambas reinas, María, viuda de Felipe III, y Juana, mujer de Felipe el Hermoso, vino de su parte á proponer entregar á las gentes del rey las plazas fuertes de Guiena, hasta que una información hubiera decidido á quién correspondían las responsabilidades del asunto en litigio. Esta tentativa de conciliación fracasó. ¿Por qué? Porque, dicen los historiadores ingleses, Felipe se condujo con la más escandalosa duplicidad (1): aceptó las plazas fuertes ofrecidas é hizo invadir Guiena por sus soldados. Porque, dicen los historiadores franceses, los ingleses «fueron los primeros en violar las convenciones,» y porque las nuevas violencias de los anglo-gascones, que cometieron después de haber entregado las plazas fuertes de su frontera, justificaban las medidas enérgicas (2). Hoy parece probado que, como los escritores ingleses lo creyeron, Edmundo de Lancáster fué escandalosamente vendido en el curso de sus preliminares parlamentarios.

Fuese como fuese, el rey de Francia hizo proceder á la toma del ducado; Raúl de Nesle, condestable de Francia, dirigió la campaña en 1294; Carlos de Valois, á la cabeza de la «segunda y grande hueste de Gascuña,» la de 1295; Roberto de Artois acabó en 1296 la ocupación de la mayor parte del país. Al mismo tiempo, como era de prever que el rey de Inglaterra «pareciera consentir en esto,» se hicieron venir del Mediterráneo bajeles, equipos y carpinteros de marina. Una fuerte armada era muy necesaria, porque se había resuelto atacar los puertos ingleses y tal vez invadir Inglaterra. Eduardo I escribía en noviembre de 1295: «El rey de Francia, que fraudulentamente nos ha robado nuestras tierras de Gascuña, quiere ahora emprender la conquista de nuestro reino, abolir la lengua inglesa...» Una escuadra, mandada por Mateo de Montmorenci, hizo un desembarco en Douvres; un cierto Tomás de Tourbeville fué ejecutado en Inglaterra por haber intentado entregar á los franceses un puerto de la costa. Benito Zacharia, genovés, «almirante del rey de Francia,» aconsejaba en 1297 «entrar el país de Inglaterra á sangre y fuego.» Improvisóse entonces una marina militar. Sin embargo, Eduardo no podía defender seriamente sus dominios continentales. Una rebelión de los galeses le paralizó durante el invierno de 1294. En 1295 le atacaron los escoceses; el primero de los innumera-

(1) T. F. Tout, *Edward the first*, 1888, pág. 182.

(2) E. Boutaric, *La France sous Philippe le Bel*, pág. 390. La «perfidia» de los ingleses era ya proverbial, en Francia, en el siglo XIII. Un contemporáneo de los acontecimientos de 1295, monje de Silli (en la diócesis de Séz), reprodujo contra ellos esta acusación: «*Walecome font doucement. Intus sunt pleni fraudibus.*» (*Sitzungsberichte* de la Academia de Viena, LXIV, 1870.)

bles tratados de alianza que se concluyeron en la Edad media entre Escocia y Francia pertenece á este año. El rey buscó aliados.

«En 1295, dice el autor de una memoria anónima de fines del siglo XIII, el rey de Inglaterra hizo alianza, á fuerza de libras esterlinas, como se decía, con los príncipes vecinos al reino, que debían asistirle todos á la vez desde todas partes.» Dirigióse sobre todo á los príncipes cuyos Estados, adosados á los Alpes y al Rhin, limitaban la Francia por el Norte, el Este y el Sudeste. El rey de Alemania, Adolfo de Nassau, que no era rico, fué igualmente tratado y ganado.

A esta coalición el gobierno de Felipe el Hermoso opuso rápidamente, por la fuerza de las libras tornesas, otra que la neutralizó. Y ya que el rey de Inglaterra había querido tener á sueldo los alemanes contra la Francia, se le suscitaron enemigos hasta en Noruega; el rey de Noruega, que recibió «cierta suma de dineros para comenzar,» prometió el auxilio de su flota.

Finalmente, en el comienzo de 1297, Eduardo I, que se había desembarazado, combatiéndoles, de los galeses y escoceses, anunció su intención de descender á los Países Bajos para dar á la coalición formada á expensas suyas la señal que parecía esperar.

El más seguro de sus aliados—el solo, con el conde de Bar, su yerno—era Guido de Dampierre, conde de Flandes.

El conde de Flandes, vasallo de Francia y del imperio, encontrábase con respecto al rey de Francia, por aquellas de sus posesiones que formaban parte del reino, en una situación análoga á la del rey de Inglaterra en Guiena; tenía que soportar los mismos agravios, órdenes altivas, intervenciones y trapacerías, con ocasión de las apelaciones que sus vasallos descontentos dirigían sin cesar al soberano superior, etc... Personalmente Guido de Dampierre estaba en relaciones de amistad desde 1292; además, desde 1294, el matrimonio de Felipina de Flandes con el heredero de la corona de Inglaterra era ya un pacto; el rey de Francia, informado de estos proyectos, convocó al conde ante su parlamento en París; allí le había consignado á su disposición hasta que la pequeña Felipina fuera conducida al Louvre; Guido no había recobrado su libertad más que prometiendo no hacer entrar sus hijos en la familia de Inglaterra ó de cualquier otro enemigo del rey. En verdad, Felipe el Hermoso y el conde se habían reconciliado aparentemente (enero de 1296) en la época en que la diplomacia francesa procuraba separar de Eduardo sus aliados germánicos. Pero, en 1296, el rey había procedido nuevamente con rigor. Había impuesto una cincuentena en Flandes para los gastos de la guerra inglesa; las gentes del conde intentaron esquivar este impuesto, y las villas de Flandes propusieron entregar directamente al tesoro real lo que consentían en pagar, en vez de la cincuentena, á título de transacción. Felipe tomó bajo su tutela Gante, Brujas, Ipres, Lilla y Douai, y el conde se vió obligado á dejar estas cinco villas entre las manos del rey y soportar que «guardianes» reales se instalaran en ellas; la guerra entre la casa de Dampierre y su eterno enemigo Juan de Avesnes, conde de Hainaut, estaba declarada; el rey se había apoderado de Valenciennes, cuyos habitantes, por odio á Juan de Avesnes, habían llamado á los flamencos. Exasperado

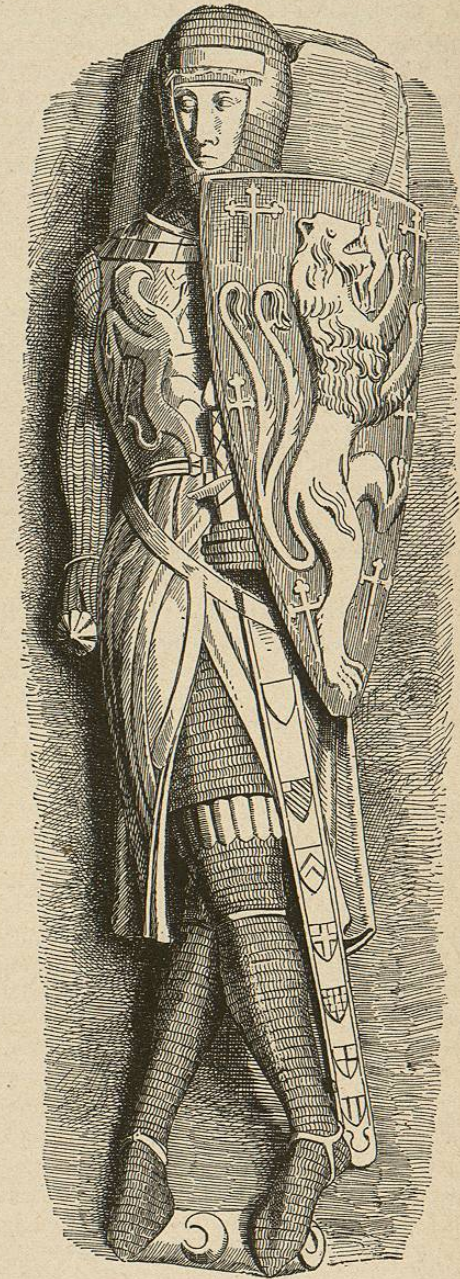
el conde por estas y otras humillaciones, y otras muchas, tomó la decisión extrema de sellar, el 2 de febrero de 1297, un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Eduardo. El conde de Flandes era para los ingleses un aliado seguro, porque, al desafiar á su soberano, se había comprometido; pero con su contingente feudal, los nobles soldados de su dominio y los soldados alemanes, brabanzones y loreneses que sus presupuestos bastante descalabrados le permitían reclutar, no estaba todavía en estado de resistir al rey de Francia. Entre sus propios vasallos, todos los que tenían queja de él, y principalmente el patriciado de las grandes villas, se decían partidarios de los franceses, *leliaerts* (gentes de las lises). No podía contar sobre el contingente militar de las villas, en que el partido *leliaert* estaba, de momento, en mayoría. Por manera que cuando Eduardo I desembarcó en la Esclusa, el 23 de agosto, Guido de Dampierre estaba ya vencido. La campaña de 1297 en Flandes fué para los franceses tan fácil como las campañas de 1294, 1295 y 1296 en Gascuña. La batalla de Furnes (20 de agosto), ganada por Roberto de Artois, acarreó la rendición de Lilla. Brujas, de la que el rey de Inglaterra contaba hacer su base de operaciones, había acogido á los vencedores.

Los dos aliados, el conde y el rey, no pudieron, pues, hacer nada mejor que encerrarse en la villa de Gante, asentada precisamente en el límite de la Francia y el imperio. Allí esperaron al rey de Alemania, Adolfo de Nassau, que no se presentó. Sin embargo, el invierno se acercaba; los barones y el clero de Inglaterra, mucho más excitados en esta época contra el rey propio que contra Francia, se agitaban en pro de la confirmación de las cartas constitucionales; el héroe popular de Escocia Guillermo Wallace, acababa de surgir. Por las mismas calles de Gante se libraban todos los días batallas entre los soldados de Eduardo y los flamencos. Los enemigos del rey de Francia estaban, pues, en el mayor de los embarazos cuando se concluyeron, en octubre, las treguas de Vyve-Saint-Bavón. No se puede explicar más que por su cansancio el que los franceses, tan aventurados hasta entonces, no sentaran más enérgicas condiciones. El tesoro y los ejércitos de los reyes del siglo XIII eran, con efecto, incapaces de un gran esfuerzo prolongado.

Por la tregua de Vyve-Saint-Bavón la guerra con Inglaterra se termina virtualmente, porque la intervención de Guido de Dampierre decantó sobre Flandes la belicosa actividad del gobierno real. A pesar de todo, las negociaciones en pro de la paz se eternizaron, como de costumbre, durante largos años. En la Edad media la diplomacia era excelente en embrollar, por medio de protocolos y dilaciones interminables, las más sencillas cuestiones, y la que tenía que debatirse después de los acontecimientos de 1294-1297 era compleja. ¿Qué sería de Guiena? ¿Los dos reyes se abandonarían recíprocamente sus dos aliados, Flandes y Escocia?

Bonifacio VIII fué quien presidió al principio los parlamentos en calidad de árbitro: como estaba entonces en sus miras políticas atraerse á Felipe el Hermoso, fué muy duro para con Guido de Flandes, que pedía ser comprendido en el tratado que interviniera. El 27 de junio de 1298 estableció Bonifacio un *modus vivendi* provisional entre Francia é Inglaterra. De Flandes, que

se apresuraron á abandonar los ingleses con su ordinaria desenvoltura, no se habló una palabra: la suerte de Escocia y Guiena quedaba igualmente en suspenso. Conforme á las indicaciones de la sentencia pontifical, Eduardo I casó con una hija de Felipe III, y su hijo



Equipo de un caballero inglés de á últimos del siglo XIII (De un sepulcro de la iglesia de Hitchendon, Buckinghamshire)

mayor fué prometido con Isabel, hija de Felipe el Hermoso, en el verano de 1299 (1).

Finalmente, el 20 de mayo de 1303, se estableció en París el instrumento de la paz definitiva. Pero en los cinco años de discusión habían cambiado mucho las

(1) Las convenciones de junio de 1299 fueron mal acogidas en Francia y dieron lugar, como la intervención de Luis IX en los negocios de Inglaterra en 1294, á parodias populares en jerga anglo-francesa: «*Quant rey Dadoarz voleré mangier, roi Philippote devestirer soi toz nuz, et tranchever devant Dadoarz... Et roy Dadoarz dirré: «Chetis rois Philippote, je serré sire, et tu serré mon*

circunstancias. Felipe *el Hermoso*, victorioso en todos puntos por los años de 1297, estaba ahora abocado á los peores embarazos por causa del papa, de los flamencos y de las sediciones de Guiena y de Burdeos (1) principalmente. El tratado de 1303 restableció simplemente las situaciones respectivas de Eduardo I y de Felipe diez años antes; la Guiena fué devuelta; Escocia sacrificada; se concluyó una alianza entre Francia é Inglaterra. Eduardo I murió en 1307. Eduardo II, que casó con la hija de Felipe *el Hermoso*, Isabel, en 1308, no tuvo con su suegro más que relaciones de afectuosa deferencia. Obtuvo, por negociaciones personales, que el rey de Francia se negara á asociarse oficialmente á las bajas impertinencias de los oficiales franceses contra las gentes del rey de Inglaterra en las fronteras y en el ducado aquitano (2). Pero, á partir de 1317, incidentes análogos á los que en 1294 habían sido pretexto de la guerra, se reprodujeron: piraterías de bayoneses y normandos; prisión, ejecución ó asesinato de sargentos reales en Guiena, é idénticas negociaciones entre Inglaterra y Flandes. Como en 1294, el rey inglés, ocupado en sus tierras con sus barones y con los escoceses, no deseaba otra cosa que la paz. Esta vez la corte de Francia no se preocupó de la guerra: Felipe V y Eduardo II se reconciliaron públicamente en 1320, sin efusión de sangre.

En los comienzos del reinado de Carlos IV eran buenas las relaciones entre ambos reinos: los enviados franceses, el botellero Enrique de Sulli y el mariscal Roberto Bertrand, se hacían prender por los escoceses, en la batalla de Blackmore, en las filas del ejército inglés. Pero lo que había acaecido en 1294, lo que se había evitado en 1317-1319, se presentó nuevamente en 1324: la «cuestión de Saint-Sardos» fué causa de ello.

Muchas sentencias del parlamento habían inculpado á las gentes del duque de Guiena que pretendían impedir la construcción de una empalizada en el sitio dicho de Saint-Sardos, cerca de Sarlat. En noviembre de 1323, los anglo-gascones tomaron é incendiaron la fortaleza. Cuando el gran maestre de los alarbaderos de Francia se presentó ante el castillo de Montpezat en

garçon.» *Et Philippote dirrè: «Foire, foure, vos dirrè voir.» Et en tel maner fot faite pès...»* (Romania, tomo XIV, pág. 280.) El autor del *Dit de la rebellion* suplica á Felipe *el Hermoso* y al conde de Valois que permanezcan reservados y no se dejen engañar por el «bello hablar» de los ingleses.

(1) En otoño de 1301 el obispo de Espoleto, legado del papa, recorrió la Guiena volviendo de Inglaterra. La corte de Francia supo que reunió los nobles, los prelados y los burgueses del país (*generales conventiones majorum, prelatorum et communitatum latentes et publicas*) para leerles cartas del papa y comentarlas á fin de excitar tumulto (*ad concitationem populi*). La corte envió comisarios para contrarrestar esta propaganda y afirmar que en el compromiso anterior, bajo los auspicios del papa, en modo alguno se había tratado de atentar á los privilegios locales. Ejemplares de la circular del 10 de diciembre de 1301, de la que estos comisarios eran portadores, se conservan en los archivos de las villas de Dax y de Agen.

(2) Los agravios y tacañerías recíprocos, consecuencias inevitables de la falsa situación que los tratados de 1259 y de 1279 habían creado entre el rey de Francia y el rey de Inglaterra, su vasallo por la Guiena, dieron lugar durante el reinado de Eduardo II á largas informaciones por ambas partes. En 1310, los dos reyes acordaron hacer una revisión y liquidación general de sus agravios. Sus comisarios se reunieron por la primera vez, á este efecto, en la villa de Perigueux el 27 de abril de 1311, pero no se llegó á un acuerdo.

Agenais para ejercer represalias, fué prendido y puesto en rehenes. En vano Eduardo II ofreció reparaciones por lo hecho sin su consentimiento en Saint-Sardos y Montpezat. En 7 de julio de 1324, Carlos IV advirtió á los enviados ingleses que había resuelto poner mano en la Guiena y el Pontieu.

La campaña de 1324 en Gascuña fué dirigida por Carlos de Valois, que ya había dirigido la de 1295; después de la toma de La Reole (22 de septiembre) no quedaban por tomar más que Burdeos, Bayona, Saint-Sever y algunos castillos.

La actitud de Eduardo II fué entonces deplorable. Estaba en malas relaciones con Isabel, su mujer, que odiaba á los Despéncer, sus favoritos. Desde el 6 de agosto de 1323 había pedido á Carlos IV la extradición de un enemigo de los Despéncer refugiado en Francia: un cierto sir Roger Mortimer de Wigmore, cuyas relaciones con Isabel eran notoriamente sospechosas. Y como se le notificara desde París que «el solo medio de obtener una paz honrosa era enviar á la reina Isabel» cerca del rey de Francia, su hermano, la envió. En marzo de 1325, Isabel estaba al lado de Mortimer.

Algunos meses más tarde se convino que Eduardo II cediera sus títulos de duque de Guiena y de conde de Pontieu á su hijo (el futuro Eduardo III) y que éste sería substituído á los derechos y deberes de su padre en este respecto. El joven Eduardo, de edad de trece años, recibió, en efecto, la Guiena el 10 de septiembre; el 12 se embarcó para Francia; el 14 rindió homenaje.

Sin embargo, comenzaba en la corte de Francia una intriga novelesca. Isabel había decidido no volver á Inglaterra más que para desembarazarse de su marido. Mortimer y los desterrados ingleses residentes en París conspiraban con ella. Cuando su hijo, que en todo la obedecía, se le unió, casó con la hija del conde de Hainaut, para tener amigos en los Países Bajos. En sus cartas á Eduardo II le llamaba: «muy dulce corazón,» pero excitaba á todo el mundo contra él. ¿Hasta qué punto fué su confidente Carlos IV? Se ignora, pero las consecuencias de la aventura son conocidas. Isabel, Mortimer y el joven Eduardo abordaron el 24 de septiembre de 1326 la costa de Suffolk; Eduardo II huyó, fué preso, se confesó indigno y murió trágicamente.

El 31 de marzo de 1327, Pontieu y una parte de la Guiena eran devueltos al nuevo rey de Inglaterra, que se obligó á pagar al rey de Francia, su tío, una indemnización de guerra (3).

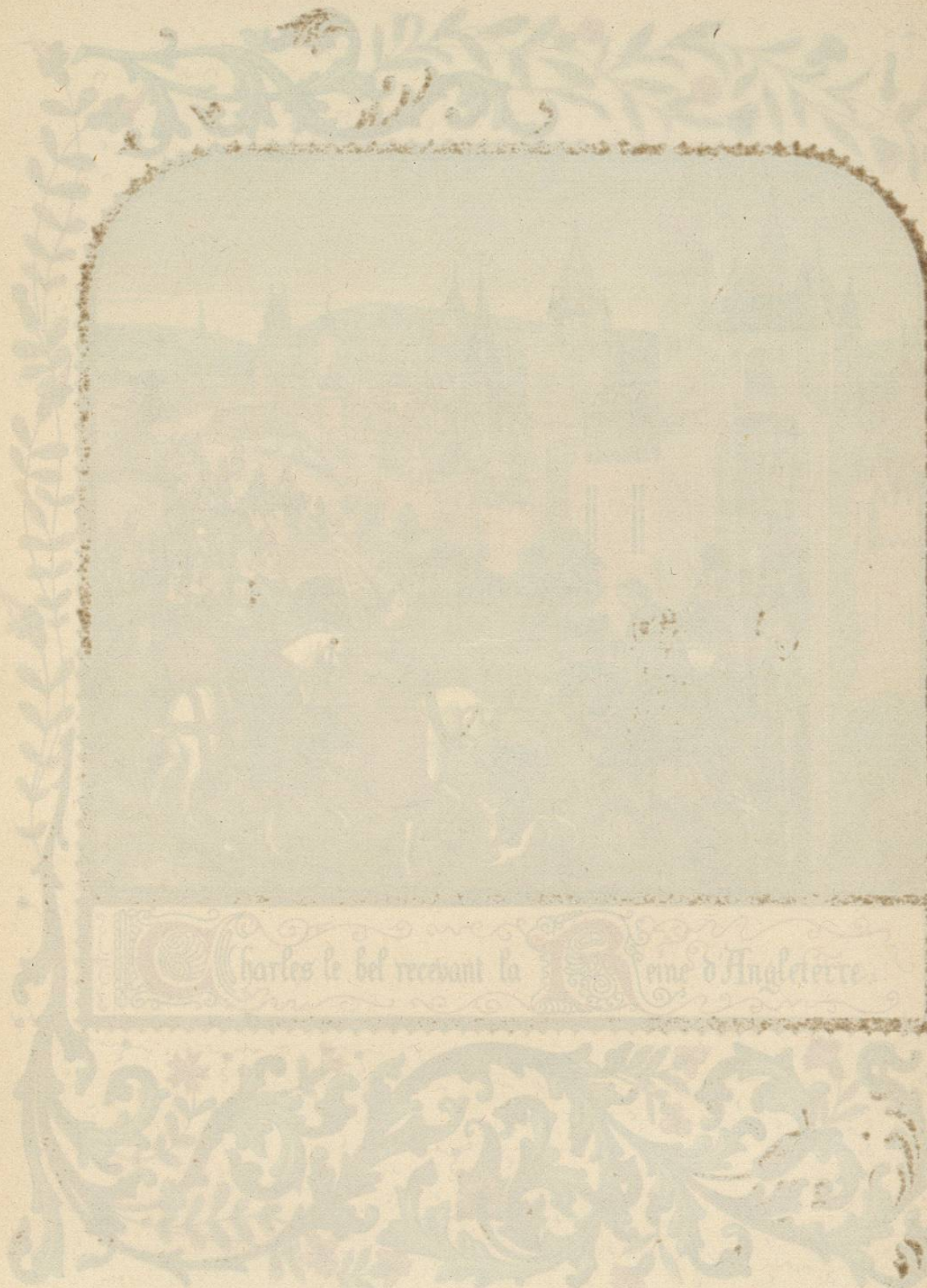
IV.—Flandes (4)

El rey de Inglaterra «hizo su paz, dice el autor de una memoria anónima ya citada anteriormente, y dejó á los flamencos en guerra.»

(3) Carlos *el Hermoso* no devolvió por completo la Guiena, donde había sido preciso hacer una nueva campaña en 1326 para rechazar los ataques de los ingleses y de la nobleza anglófila. Véase el *Atlas historique de la France*, de A. Longnon, pág. 253, y la *Histoire générale de Langüedoc*, tomo IX, pág. 440.

(4) Fr. Funck-Brentano, *Philippe le Bel en Flandre*, 1896. Van der Linden, *Les relations politiques de la Flandre avec la France au XVI^e siècle*, en el Diario de Sesiones de la Academia de Bélgica, 1895, págs. 449 y siguientes. H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, I (1900), libro III; el mismo, *Le soulèvement de la Flandre maritime de 1323-1328*, 1900 (Comisión real de la historia de Bélgica).

HISTORIA DE FRANCIA



HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Charles el Hermoso recibiendo a la reina de Inglaterra